

¿Es salvable el eclecticismo?

Federico Álvarez

La respuesta imposible

Siglo XXI (Filosofía)

México, 2002, 311 págs.

Adolfo Sánchez Vázquez

Estamos ante una obra de una altura teórica poco común. Una obra que Federico Álvarez nos debía hace tiempo, que esperábamos ya un tanto impacientes y que, al llegar al fin, rebasa nuestras expectativas. Una obra que da testimonio de cómo la investigación filosófica, histórica y social en nuestro país puede alcanzar un nivel que nada tiene que envidiar al de países más desarrollados.

Esta altura teórica se comprueba al tomar en cuenta, en primer lugar, la audacia con que se aborda la temática y el problema que se plantea el autor: rescatar al eclecticismo, como corriente filosófica, del descrédito en que se encuentra; en segundo lugar, se comprueba también por el vasto material documental utilizado en la investigación, así como por el agudo enfoque —nada ecléctico— con que se ha manejado; y en tercer lugar, por los resultados alcanzados, de acuerdo con los objetivos propuestos, al situar hoy al eclecticismo —contra tirios y troyanos— en el lugar que le corresponde.

El problema fundamental que aborda el libro es el de la validez, vigencia o actualidad que conlleva hoy el eclecticismo, ya sea como actitud o método, ya sea como sistema (lo que entrañaría su propia negación). Y el planteamiento del problema se justifica porque se trata de una corriente de pensamiento que, sobre todo desde hace dos siglos, no goza —en su recepción— de buena

salud. Ciertamente, como el libro nos hace ver, después de la crítica demoledora de Hegel y de su descalificación por Marx y Engels y el marxismo posterior, del eclecticismo sólo se habla en términos peyorativos. (Abro aquí un paréntesis personal para reconocer que, durante años, compartiendo yo esta actitud negativa, recomendaba a mis alumnos que optaran por cualquier filosofía, en nombre de la libertad de cátedra y pensamiento, excepto por la que significaba no optar, o sea: el eclecticismo. De esta manera, yo me sumaba firmemente a la descalificación del eclecticismo, antes señalada. Cierro aquí el paréntesis personal.)

Ahora bien, basta tener presente el descrédito y la descalificación que arrastra el eclecticismo desde el siglo XIX, con Hegel, Marx y el marxismo, para calibrar, desde ahora, la audaz empresa de rescatar y reivindicar lo que ha sido tan vapuleado. Empresa audaz —repetimos— porque el eclecticismo en este tiempo ha tenido pocos valedores y ninguno, por supuesto, de la talla de

sus grandes detractores. Federico Álvarez, por el contrario, lejos de sumarse al ruidoso coro de sus detractores, emprende en su libro la arriesgada tarea de salvar al eclecticismo, tan duramente vapuleado o despreciado. En verdad, este vapuleo o desprecio es un hecho que el libro documenta prolijamente. Un hecho –el de caer en el mayor descrédito– que se produce después de la acerba crítica de Hegel y al que contribuye decisivamente más tarde el rostro oportunista y reaccionario que muestra con Víctor Cousin.

Pero, antes de exponer la crítica de Hegel y los duros y reiterados ataques del marxismo clásico, el libro nos hace ver –en una rica y acuciosa exposición– que no estamos ante una corriente insólita ni esporádica en la historia de la filosofía, sino ante una corriente que, antes de Hegel y, por tanto, durante largos siglos, tiene una presencia amplia y constante. De acuerdo con esa exposición histórica, el eclecticismo se da en la antigua Roma con Plutarco, Séneca y Cicerón; en la Edad Media, con los padres de la Iglesia y filósofos árabes y judíos; en el Renacimiento, con Juan Luis Vives y su maestro Erasmo, y en la modernidad, con Brucker, que opone lo ecléctico a lo sectario. Y el sendero ecléctico en los siglos XVII y XVIII se puebla de nombres que Federico Álvarez registra minuciosamente. En España, destacan los de Feijoo y Jovellanos, y en América latina, en esos siglos y en el XIX, se vuelve dominante, con nombres como los de Díaz de Gamarra, el presbítero Caballero y Félix Varela.

Ciertamente, se trata de una nómina abundante, aunque gris si se le compara con las cumbres de la filosofía: Platón, Aristóteles o Kant. Es verdad que sobre ese fondo gris, ecléctico, brillan –como señala el autor– los nombres de Bruno, Bacon, Leibniz e incluso Kant y, en general, los ilustrados. Pero la inclusión en esa lista de nombres como los de Descartes, Leibniz o Kant, como eclécticos, es bastante discutible. No obstante, volviendo a esa abundante, aunque grisácea cauda de eclécticos, cabe preguntarse: ¿Por qué calificarlos así?

De la exposición histórica que hace Federico Álvarez, cabe deducir que lo son por compartir los siguientes rasgos propios del eclecticismo:

- 1) Selección en filosofías diferentes, e incluso opuestas, lo que se considere mejor de ellas.
- 2) Combinación no casual o arbitraria, sino dirigida por un *a priori*, de lo que se ha seleccionado.
- 3) Combinación que desemboca en un producto, resultado o síntesis, que no se caracteriza forzosamente por su originalidad, novedad ni creatividad.

Vemos, por último, que en la extensa nómina de los filósofos reconocidos como eclécticos no entran los que se distinguen por su originalidad y potencial creador. Por ello, cuando se incluye entre ellos los nombres de filósofos originales y creadores como los de Descartes y Leibniz, esto no deja de ser discutible, aunque Marx, por ejemplo, haya calificado a Kant de ecléctico.

Ahora bien, a pesar de los muchos filósofos eminentes no eclécticos, el libro nos hace ver que, hasta bien entrado el siglo XIX, el eclecticismo se consideraba algo plausible. Plausibilidad que dura hasta que, en el siglo XIX, adquiere un significado negativo que el autor atribuye, sobre todo, a la “acerba crítica” de Hegel. Para Hegel, el eclecticismo es –en citas textuales del libro– “una mezcolanza de cosas de una filosofía y otra”, un “conglomerado superficial” o “yuxtaposición de ideas contradictorias” que acusa una “falta de coordinación”. Pero éste sería, también según Hegel, un eclecticismo “malo”, del que habría que distinguir el “bueno”, que pretende tomar lo mejor de cada sistema, aunque sin lograr una verdadera síntesis; sólo se llega así a una suma que no es original.

Eclecticismo “bueno”, si bien no tan bueno, como dice irónicamente Federico Álvarez aludiendo a su resultado. Sin embargo, esta incapacidad de llegar a una síntesis cabal sería lo propio de todo eclecticismo.

En verdad, lo que deducimos de la crítica de Hegel es que ella apunta al eclecticismo no por seleccionar ideas diversas u opuestas –que se consideran las mejores– sino por el modo de unir las o combinarlas, o sea, por concluir en mezclas o mezcolanzas, lo que hace imposible alcanzar una síntesis verdadera o dialéctica.

Después de Hegel, son Marx y el marxismo clásico los que contribuyen decisivamente al descrédito del

Directorio

Dirección	Ricardo Pérez Montfort
Coordinación editorial	Horacio Ortiz
Edición	Isaac García y Javier Bañuelos
Corrección	Mario Carrasco Teja
Servicio social	
en asistencia editorial	Marga Canseco
Diseño	Miriam Aguirre
Publicidad y ventas	Jazmin Flores Yarce

AL PIE DE LA LETRA es una publicación que se encarta junto con la revista *Universidad de México* sin costo. ISSN en trámite. Certificado de licitud de título en trámite. Certificado de licitud de contenido en trámite. Reserva de uso exclusivo en trámite. Impresión: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa.

Oficinas de la revista: Lado Poniente del Estadio Olímpico, Ciudad Universitaria, CP 04510, México, D.F. Tels. 5616 2422, 5616 7211. Correo-e: reunimex@servidor.unam.mx
Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. AL PIE DE LA LETRA acepta reseñas de novedades editoriales nacionales y extranjeras con una extensión no mayor a tres cuartillas (5700 caracteres).

eclecticismo. En el libro que presentamos se exponen acuciosamente las críticas que le hacen Marx, Engels y los marxistas más destacados. Y, a este respecto, hay que subrayar, como una prueba de la seriedad de la investigación, que su autor haya logrado descubrir, en una obra tan extensa como la de Marx, los aislados pasajes en que se expresa su crítica. La amplia exposición de las críticas de los marxistas más eminentes —junto con las de Marx y Engels— constituyen el cuerpo central de la obra. Y esos marxistas son Labriola, Plejánov, Lenin, Kautsky, Rosa Luxemburgo, Pannekoek y, en tiempos más recientes, Gramsci, Lúkacs y Della Volpe.

Es de admirar —una vez más— el rigor, la riqueza de datos y argumentos con que se exponen las críticas de esos marxistas al eclecticismo, así como las acusaciones de eclecticistas entre ellos mismos. En todos los casos se mantiene la definición peyorativa hegeliana del eclecticismo, pero subrayando no sólo su rasgo de mezcolanza o incoherencia, sino también su imposibilidad de llegar a una verdadera síntesis. De ahí que para los marxistas que la hacen suya, sea inconciliable la relación entre el eclecticismo y la dialéctica, que sí alcanza esa síntesis.

El rastreo del eclecticismo lo prosigue el autor en el neomarxismo de nuestro tiempo. En él incluye al maoísmo, el socialismo árabe, la revolución cubana, el tercermundismo, la teología de la liberación, así como, en un plano teórico, la escuela de Frankfurt, Habermas, Henri Lefebvre, el freudomarxismo e incluso Louis Althusser. Pero, al ocuparse Federico Álvarez del neomarxismo, cambia el centro de su atención. Ya no se ocupa de la crítica marxista del eclecticismo, sino de la presencia del eclecticismo en el seno mismo del neomarxismo.

Y es aquí donde aparece Federico Álvarez como salvador del eclecticismo, aunque no ciertamente del que habían criticado Hegel, Marx y los marxistas, sino de un eclecticismo que, en el caso de Habermas —dicho con sus propias palabras— “se convierte en dialéctica”, justamente por la síntesis alcanzada al unir paradigmas diversos. E incluso en el caso de Althusser su “materialismo aleatorio” constituye, para el autor, “una aportación ecléctica al marxismo contemporáneo”. Subraya asimismo que un neomarxista como el sociólogo Pierre Bourdieu haya visto en Max Weber un ejemplo de “eclecticismo positivo” al extender el análisis económico a la religión. Habría, pues, un eclecticismo salvable que no es, en verdad, el que fue objeto de las duras críticas en el pasado, sino un “eclecticismo positivo”. Y en esa empresa de salvación, salva también a sociólogos como Raymond Williams y Alwin Gouldner, que ve en Marx dos marxismos: el científico y el crítico o humanista. Y

eclecticismo positivo también es, para el autor, el marxismo analítico, anglosajón, así como el “antiautoritarismo” de Chomsky. Y siguiendo su tarea de rescate, Federico Álvarez dice del marxismo del Tercer Mundo que “ha producido diversas soluciones eclécticas” (yo diría más bien “dialécticas”).

En cuanto al marxismo de América latina, en particular, el autor considera que su aplicación, en las condiciones peculiares latinoamericanas, exigía “soluciones eclécticas” y que el eclecticismo en América latina “ha podido ser un hecho positivo”. Y remacha el clavo con estas palabras: “Y sin duda lo fue”. La expresión más alta de esto es Mariátegui, lo que le valió la crítica incisiva de los marxistas ortodoxos de la época, que no podían admitir en modo alguno que de la selección y combinación que hacía Mariátegui (de pragmatismo, bergsonismo, sorelismo y leninismo) pudiera resultar una síntesis original: la que da cuenta de una realidad específica, como la peruana.

Así, pues, el eclecticismo —o más exactamente el modo ecléctico de seleccionar— lo rescata Federico Álvarez en el seno mismo de la corriente —el marxismo convertido en neomarxismo— que más lo había desacreditado. Ahora bien, ¿qué es lo que salva en él Federico Álvarez? No, ciertamente, el eclecticismo que criticaban Marx, Hegel y el marxismo clásico. No el que combina, conciliándolo, lo diverso u opuesto para llegar a una síntesis ecléctica, carente de originalidad; un eclecticismo que suma, pero no integra, por lo cual su síntesis es falsa. Lo negativo, por tanto, no está en seleccionar lo diverso u opuesto (que es lo propiamente ecléctico), sino en el modo de unirlos o combinarlos.

Lo negativo de ese eclecticismo no está en su momento propiamente ecléctico (la selección de lo diverso u opuesto desde un *a priori*), pues esto es propio de toda filosofía. Marx también seleccionó y combinó algo tan diverso como la dialéctica de Hegel, la antropología de Feuerbach y el socialismo utópico, y lo mismo hicieron grandes filósofos como Platón, Aristóteles y Kant.

En el libro que presentamos queda claro que si bien en toda filosofía siempre hay elección y combinación de lo diverso u opuesto, no siempre se combina de la misma manera (como mezcla o integración) y que, por tanto, no siempre se obtiene el mismo resultado o síntesis. En un caso tenemos, como dice Federico Álvarez, “sólo sumatorios cuyos resultados no son distintos cualitativamente de los sumandos”. Es decir, tenemos un resultado ecléctico carente de originalidad. En el segundo tenemos una reunión creadora de lo diverso u opuesto,

o sea: una síntesis dialéctica. Ahora bien, una filosofía de este género, aunque tenga, como todas, su momento ecléctico, no sería ecléctica por el resultado de su combinación, como no lo son la de los grandes filósofos, originales, creadores e innovadores, que nos entregan –como Platón, Aristóteles, Kant, Descartes, Hegel o Marx– un producto nuevo, cualitativamente distinto de lo que han combinado.

De todo esto se deduce –a mi modo de ver– que habría que admitir un eclecticismo “malo” cuando lo ecléctico no desemboca en una síntesis verdadera y original, en contraste con la selección y combinación que sí desemboca en ella. ¿Llamariamos a esto eclecticismo “bueno”? Yo diría que ni bueno ni malo, porque ya no sería propiamente eclecticismo, pues –como decía el autor respecto de Habermas– se ha convertido en dialéctica, es decir, ha integrado lo diverso u opuesto en un producto o resultado nuevo.

Así, pues, el término “eclecticismo” lo aplicaríamos sólo cuando lo ecléctico conduce a un resultado ecléctico, y no cuando lo ecléctico, que siempre se da en todo filosofar, desemboca en una síntesis dialéctica, entendida ésta como producto original al unir lo diverso u opuesto. Así, por ejemplo, lo que hay de ecléctico en

Mariátegui no hace de él un filósofo ecléctico, justamente por haber llegado a un resultado o síntesis original. Y, ciertamente, Federico, en su libro, reconociendo lo que hay de ecléctico en su filosofía, destaca su originalidad, creatividad, que impide, por tanto, calificarla de ecléctica. (Abro de nuevo un paréntesis personal para responder a esta pregunta: ¿Qué recomendaría a sus alumnos después de sus reflexiones sobre el libro de Federico Álvarez? ¿Recomendaría lo mismo que les recomendaba antes? Sí y no. Y mi respuesta debe mucho a la lectura de este libro. Les recomendaría que fueran eclécticos, sin ser eclecticistas, es decir, eclécticos sin caer en el eclecticismo. Eclécticos, porque esto los inmunizaría frente al sectarismo y al dogmatismo del pensamiento único. Pero no eclecticistas, porque la pluralidad de ideas en que se mueve el ecléctico debe conducir, al ser combinadas adecuadamente, a una idea o síntesis que, por ser verdadera, ya no sería ecléctica. Tal es la conclusión a la que llego de la mano de este libro.)

Y con esta conclusión se prueba, una vez más, que una obra vale no sólo por lo que piensa –y es mucho, como hemos visto, lo que se piensa en ella–, sino también por lo que hace pensar. ■

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social



Escritura zapoteca.

2,500 años de historia

María de los Ángeles Romero Frizzi (coord.)

CIESAS, INAH, Miguel Ángel Porrúa, 2003

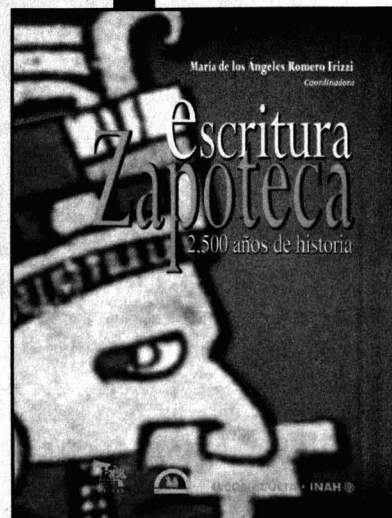
ISBN 970-701-326-5

Este libro se ocupa de la historia de la escritura de los zapotecos, la más antigua que conocemos en América, desde sus orígenes en el valle de Oaxaca, entre los años 600 a 400 antes de Cristo, hasta las décadas finales del siglo xx. Es una historia de larga duración de esta antiquísima escritura. Está dividido en tres apartados que corresponden a los grandes momentos zapotecos: el mundo mesoamericano, la época colonial y los esfuerzos contemporáneos.

Destaca por las reflexiones de sus autores respecto a los cambios que ha sufrido la escritura zapoteca a lo largo del tiempo, desde las inscripciones en cerámica, pintura rupestre; los estudios de la época colonial sobre la ortografía que fray Juan de Córdova incorporó en su vocabulario y documentos tan significativos como el lienzo de Guevea, que aparentemente destacaba la línea genealógica y de posesión de tierras de los nobles zapotecos, hasta los más recientes análisis de la escritura zapoteca a finales del siglo xx.



novedades



Librería Guillermo Bonfil Batalla

ventas@juarez.ciesas.edu.mx

Tel. 56 55 01 58